

Hace cincuenta años, el presidente Adolfo López Mateos llevó a cabo los festejos por el aniversario de la Revolución. No fueron obras grandilocuentes ni demagógicas, sino acciones eficaces. Entre otras cosas, instruyó al Fondo de Cultura Económica para que llevara a cabo un trabajo notable, hoy de consulta obligada: México: 50 años de Revolución. La obra constaba de cuatro volúmenes y estaban divididos en grandes temas: la política, la economía, la vida social y la cultura. El propio mandatario, que supo rodearse de figuras intelectuales, escribió un excelente prólogo. En el relativo a las conquistas revolucionarias en materia educativa, cultural y artística, intervinieron figuras memorables como Edmundo O'Gorman, Eusebio Dávalos Hurtado, Pedro Ramírez Vázquez, Antonio Magaña Esquivel, Antonio Luna Arroyo, Emilio Uranga, Jerónimo Baqueiro Póster, Vicente T. Mendoza y otros distinguidos especialistas. La parte literaria estuvo a cargo del ensayista, crítico e historiador, José Luis Martínez. Hoy, ante un gobierno paralizado, nos permitimos reproducirlo como un buen ejemplo del balance que en aquellos años se llevó a cabo de un hecho histórico.

El Búho

*La literatura**

INTRODUCCIÓN

Así como la época del Modernismo se sustentó en el hecho político y social del gobierno de Díaz, el periodo contemporáneo de nuestra literatura nace y se apoya en la realidad de otro acontecimiento histórico: la Revolución Mexicana.

El movimiento de 1910, la posterior sucesión de guerras civiles y la aparición de gobiernos regidos por una doctrina fundada en los móviles de aquellas luchas han creado y condicionado el tono de la vida mexicana contemporánea.

I. El ateneo de la juventud

Precisamente el año en que se emprendió nuestra revolución política inicia su actuación uno de los grupos de escritores más valiosos que hayan existido en la historia de nuestras letras: El Ateneo de la Juventud, cuya obra establecería las bases de nuestra cultura contemporánea. El mensaje espiritual del Ateneo contenía un amplio repertorio de intereses culturales destacados, y un firme propósito moral. Al magisterio de Pedro Henríquez Ureña se deben

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

con largueza muchas de las personalidades de este grupo, entre las que se encuentran: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Ricardo Gómez Robelo, Jesús T. Acevedo, Julio Torri, y otros discípulos llegados más tarde. El espíritu distintivo del grupo era el filosófico.

José Vasconcelos fue hace algunos años nuestro escritor más leído; sigue siendo uno de nuestros más originales pensadores y uno de nuestros mejores prosistas. Los escritos de Vasconcelos abarcan una buena parte de las disciplinas del pensamiento: la filosofía, la sociología, la teoría pedagógica, la historia y la literatura.

Alfonso Reyes fue un apasionado de la cultura clásica, la investigación teórica de la literatura, las letras españolas, francesas, inglesas y mexicanas. Por el dominio magistral que tuvo sobre todos los matices de las letras y por la profundidad y originalidad de sus estudios, se le considera como una de nuestras personalidades intelectuales más distinguidas.

Rafael López en su obra *Con los ojos abiertos* (1912) continúa nuestras tradiciones de poesía cívica y de asunto histórico.

Aunque Roberto Argüelles Bringas sólo cuenta con cinco poemas, con ellos se ganó la admiración de los escritores de su tiempo.

En la poesía de Manuel de la Parra, *Visiones lejanas* (1919), se veía al más dotado seguidor de Verlaine.

La prosa en la pluma de Julio Torri, *Ensayos y poemas* (1917) y *De fusilamientos* (1940), es un vehículo en que se equilibran el pensamiento y la forma expresiva.

Carlos González Peña en su *Historia de la literatura mexicana* (7a. ed. 1960) realizó el más articulado y completo manual que poseemos sobre el desarrollo de nuestras letras.

Genaro Fernández Mac Gregor alternó la prosa narrativa con la crítica literaria.

Alejandro Quijano mantuvo la defensa y la ilustración de nuestra lengua.

Mariano Silva y Aceves fue prosista de gran inspiración.

Eduardo Colín se inició como poeta y cerró con un volumen de relatos su carrera literaria. Desarrolló estudios sobre las grandes figuras del modernismo y de los escritores de su época.

II. El grupo de nosotros

En torno a la revista *Nosotros* (1912-1914) se agruparon Francisco González Guerrero, Gregario López y Fuentes y Rodriga Torres Hernández, poetas entonces, y más tarde novelistas o críticos.

III. La generación de "1915"

La integraron Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Alberto Vázquez del Mercado, Teófilo Olea y Leyva y Jesús Moreno Vaca. Casi todos los miembros de este grupo se iniciaron en la literatura o la filosofía, pero posteriormente derivaron hacia otras disciplinas. Casi todos ellos se convirtieron en especialistas o dirigentes de tendencias político-sociales y su aportación intelectual ha tenido una función relevante en la vida mexicana. Antonio Castro Leal ha escrito ensayos, poesía, cuentos y fantasías de sobria y desenvuelta factura; reunió dos grupos de nuestras cien mejores poesías líricas, y es autor de la más documentada monografía sobre la vida y obra de Ruiz de Alarcón.

Ensayistas y críticos

Otro grupo contemporáneo de la generación de "1915" se caracterizó por su inclinación al cultivo del ensayo y de la crítica, particularmente sobre temas mexicanos. Sus componentes más destacados fueron Francisco Monterde, Julio Jiménez Rueda, Ermilo Abreu Gómez y Manuel Toussaint. Francisco Monterde, poeta, dramaturgo y novelista, es uno de nuestros más honestos, sabios y ponderados críticos.

Julio Jiménez Rueda se dedicó por entero a la crítica, a la historia literaria y a la investigación. Es autor de un útil manual de nuestra historia literaria, de una monografía sobre Ruiz de Alarcón, de un documentado estudio sobre las herejías y supersticiones de la Nueva España, y de una historia de la cultura en México.

Ermilo Abreu Gómez fue en su juventud autor dramático y novelista arcaizante. A Abreu Gómez se debe, señaladamente, el haber llamado la atención de la crítica hacia la obra de Sor Juana. Promovió numerosos ensayos, ediciones críticas, comentarios, iconografías y bibliografías sobre la vida y obra de la célebre poetisa.

Manuel Toussaint realizó brillantes trabajos sobre Sor Juana, Riva Palacio y Cuenca.

El colonialismo

Esta moda, aparecida hacia 1917, puede reconocer sus orígenes inmediatos en los estudios sobre arquitectura colonial del ateneísta Jesús T. Acevedo o en los más antiguos de Luis González Obregón. Los estudios y aun las poesías de esta inspiración fueron realizados por Francisco Monterde, Julio Jiménez Rueda, Manuel Horta, Ermilo Abreu Gómez, Alfonso Cravioto, Artemio de Valle-Arizpe y Manuel Toussaint. En este movimiento no todo fue una manía arcaizante, ya que contribuyó al enriquecimiento de nuestra lengua y a la difusión y comprensión de un pasado que es parte integrante de nuestra nacionalidad.

En la caudalosa producción de Valle-Arizpe sobre estos temas, se alternan la novela con la monografía artística y la estampa evocadora con el ensayo histórico. Entre las obras de este autor sobresale su novela *El Canillitas* (1942).

El colonialismo tuvo una de sus primeras avanzadas poéticas con el libro de Alfonso Cravioto, *El alma nueva de las cosas viejas* (1921).

IV. González Martínez y López Velarde

En plena guerra civil surgieron las voces de Enrique González Martínez y Ramón López Velarde convocando la primera hacia un espiritualismo salvador, y la segunda hacia la pureza de la provincia. Junto a la lección moral del pensamiento de González Martínez, su ejemplo poético fue muy fecundo para la lírica mexicana.

La obra de López Velarde es excepcional por todos conceptos dentro de la historia de nuestra poesía. En su poema más extenso, *La suave Patria*, muestra la transmutación de la experiencia personal del poeta en una experiencia nacional. El equilibrio de pensamiento, humor y penetración hicieron de sus ensayos breves e intensas obras maestras.

Otras tendencias poéticas significativas en estos años fueron las determinadas por las labores de Rafael López y de José Juan Tablada.

V. Figuras aisladas

No todos los escritores surgieron a las letras dentro de un grupo o una tendencia.

José de J. Núñez y Domínguez se dedicó a los estudios históricos y literarios. Luis Castillo Ledón incursionó en el campo de las investigaciones literarias e históricas. Joaquín Méndez Rivas realizó una abundante obra poética y dramática de sobresaliente calidad lírica. Enrique Fernández Ledesma, además de su obra poética, es autor de excelentes estudios sobre la tipografía y la litografía mexicanas del siglo XIX. Francisco González León fue uno de los precursores de la poesía de inspiración provinciana. José D. Frías fue uno de los poetas más interesantes de este grupo de figuras aisladas.

Hispanoamericanismo

En los años en que José Vasconcelos ocupó la nueva Secretaría de Educación Pública, se suscitó un movimiento de simpatía y de interés por Hispanoamérica. Revistas como *El Maestro* (1921-1923), *La Falange* (1922-1923) y *La Antorcha* (1924-1925 y 1931-1932) fueron portavoces del nuevo credo. Eminentes personalidades y estudiantes hispanoamericanos visitaron nuestro país en esa época.

VI. La literatura de vanguardia

De aquel nutrido y renacentista conjunto de educadores, filósofos, pintores, escultores y escritores de que se rodeó Vasconcelos surgió un grupo de poetas de tendencias "vanguardistas". Los principales animadores de este conjunto fueron Manuel Maples Arce, Arqueles Vela y Germán List Arzubide, quienes además de sus libros publicaron dos revistas: *Horizonte* e *Irradiador*. No careció este grupo de con-

tactos con la literatura de contenido social, y ello puede explicar la prontitud con que sus integrantes disolvieron sus teorías estéticas en opiniones políticas.

El grupo de *Contemporáneos* no fue una generación inicialmente homogénea. A él vinieron a reunirse nombres de varias tendencias y temperamentos como Carlos Pellicer, Bernardo Ortiz de Montellano, Octavio G. Barreda, Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, y algunos más. Caracterizaron a este conjunto sus preocupaciones literarias y su afición al teatro, aunque su mayor impulso se dirigió hacia la poesía. Carlos Pellicer, cuya obra exclusivamente poética comenzó a difundirse en revistas literarias desde 1914, es el más antiguo de esta generación. Bernardo Ortiz de Montellano se distingue con sus poemas en prosa, *Red* (1928), y su producción se va perfeccionando hasta llegar a *Muerte de cielo azul* (1937) que es acaso su obra más acabada. Publica además una serie de relatos bajo el título de *Cinco horas sin corazón* (1940), y algunas fantasías dramáticas sobre temas mayas en *El Sombrerón* (1946).

José Gorostiza en su libro *Canciones para cantar en las barcas* (1925) recuerda en ocasiones al Góngora popular de los romances y canciones. Su poema *Muerte sin fin* (1939) es una pieza de consumada y severa articulación lírico-filosófica.

Dentro de la tradición mexicana de sobriedad, Jaime Torres Bodet tiene su propia voz en el coro de los poetas de su tiempo. Es autor de *Cripta* (1937), *Sonetos* (1949), *Fronteras* (1954) y *Sin tregua* (1957), cantos poéticos de impecable perfección. Paralela a su madurez como poeta, Torres Bodet alcanzó también madurez como ensayista y crítico.

Poeta de obra breve e intensamente elaborada hasta la perfección, Xavier Villaurrutia supo dar a sus hallazgos la máxima tensión expresiva. Su lección es de rigor verbal y de maestría; su legado, un corto número de poemas emocionantes e intachables (*Poesía y teatro completos*, 1953).

Escritor de los más dotados del grupo de "Contemporáneos", Salvador Novo ha seguido una carrera y una evolución muy personales como poeta, ensayista humorístico y director teatral. Como prosista ha logrado uno de los estilos de mayor economía verbal, de más universal eficacia y de más contagiosa originalidad.

En Jorge Cuesta, los postulados intelectuales y morales de este grupo literario tuvieron su más dramática intensidad. Sus ensayos aparecieron en la revista *Ulises*, y firmó como responsable de la *Antología de la poesía mexicana moderna* aparecida en 1928.

Pertenecieron también a esta generación otros escritores. Enrique González Rojo fue autor de *Romance de José Conde* (1939) y de *Elegías romanas* (1941); Enrique Asúnsolo publicó un poema admirable: *Elegía del angelito* (1940); Agustín Lazo, que además de excelente pintor ha sido crítico de arte, traductor y dramaturgo; Gilberto Owen, poeta y prosista de sugestiva imaginación; Octavio G. Barrera, agudo prosista que se dedicó al encauzamiento de los nuevos valores literarios a través de las revistas *Letras de México* (1937-1947) y *El Hijo Pródigo* (1943-1946); Carlos Díaz Dufoo Jr., autor de memorables epigramas y dramaturgo de fina ironía; Rubén Salazar Mallén, agudo ensayista que ha experimentado la novela de los bajos fondos capita-

linos; Renato Leduc, poeta y prosista, maestro de la gracia burlesca; Bernardo J. Gastélum, ensayista y narrador; Carlos y Eduardo Luquín, poetas y novelistas; Eduardo Villaseñor, poeta y ensayista de ponderadas cualidades; Samuel Ramos, amante de los temas estéticos y el ensayo filosófico; Elías Nandino, inspirado poeta del amor y la muerte; José Martínez Sotomayor, autor de originales y hábiles relatos; Emmanuel Palacios, cuyo único libro *Vida a muerte* (1937) mantiene su prestigio literario; y Alfonso Gutiérrez Hermosillo, poeta, narrador y autor dramático lleno de curiosidades estéticas.

Genaro Estrada, seleccionador de *Poetas nuevos de México* (1916), repartió su labor histórica con su obra literaria.

A Celestino Gorostiza se deben algunos de los más inteligentes esfuerzos en favor de nuestro teatro.

Rodolfo Usigli, poeta adicto a T. S. Eliot, ensayista y crítico brillante, es uno de nuestros dramaturgos más destacados.

VII. La novela de la revolución

Este género tuvo sus antecedentes en algunas obras aparecidas a fines del siglo XIX o a principios del actual. Se recuerdan al respecto *La bola* (1887) de Emilio Rabasa; *Tomochic* (1892) de Heriberto Frías; *La parcela* (1898) de José López Portillo y Rojas, y una pieza de teatro de Federico Gamboa, *La venganza de la gleba* (1905).

Caracteriza a estas obras su condición de memorias más que de novelas. A pesar de la proliferación del género y de la existencia en él de obras magistrales, es difícil destacar una que sintetice el movimiento revolucionario por la parcialidad de partido en que casi todas incurren. La novela de la Revolución ha sido traducida a lenguas ignoradas casi por todo el resto de nuestra literatura anterior, y ha llevado a pueblos remotos una imagen violenta y pintoresca de nuestra vida, que ha promovido el conocimiento de México y la justificación de nuestra empresa revolucionaria.

Se considera a Mariano Azuela el iniciador de este género novelístico. De sus actividades médicas al lado del famoso guerrillero Pancho Villa, obtuvo el material vivo que constituyen sus novelas, y la inspiración de una obra maestra de la literatura mexicana contemporánea: *Los de abajo* (1915). Con anterioridad, Azuela había escrito algunos



José Cruz Salinas

libros novelescos: *María Luisa* (1907); *Los fracasados* (1908) y *Mala yerba* (1909). Fue autor además de obras dramáticas y de biografías: *Pedro Moreno el Insurgente* (1935) y *El padre don Agustín Rivera* (1942), así como de *Cien años de novela mexicana* (1947).

A Martín Luis Guzmán las experiencias revolucionarias no sólo le ofrecen el tema de su obra sino que definen el carácter de su pensamiento. Prosista dueño de uno de los mejores y más eficaces estilos de nuestras letras contemporáneas, ha cultivado el ensayo, la novela y la biografía alrededor de una preocupación preponderante: la política mexicana. Es autor de *La querrela de México* (1915), *A orillas del Hudson* (1920), *El águila y la serpiente* (1928), *La sombra del Caudillo* (1930), *Mina el mozo* (1932) y *Memorias de Pancho Villa* (1938).

La ironía maliciosa y la comprensión justa de la sensibilidad popular definen el carácter de la obra literaria de José Rubén Romero. Escribió: *Mi caballo, mi perro y mi rifle* (1936); *La vida inútil de Pito Pérez*: (1936); *Anticipación a la muerte* (1939) y *Rosenda* (1946), que acaso es su relato más afortunado. Se considera a Gregorio López y Fuentes como el novelista de nuestros hombres de campo. Conoce admirablemente el lenguaje, las costumbres y la psicología de nuestros campesinos, como lo demuestran sus novelas *Tierra* (1932), *Arrieros* (1937) y *Cuentos campesinos de México* (1940). Su celebrada novela *El indio* (1935) es una síntesis emocionada y vigorosa que ha divulgado en nuestro país y en el extranjero una imagen fiel de nuestro pueblo autóctono.

La obra central de la producción literaria de Rafael F. Muñoz es *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931), reflejo de innumerables acciones revolucionarias en el norte del país. Obra suya es también *Se llevaron el cañón para Bachimba* (1941).

Los temas revolucionarios y los problemas sociales interesaron a Mauricio Magdaleno como se observa en *El resplandor* (1937) y *Sonata* (1941).

Martín Gómez Palacio es diestro narrador costumbrista, irónico, por cuyas novelas cruza a veces la tormenta revolucionaria. Francisco L. Urquiza ha sido el cronista-soldado de la Revolución. *Tropa vieja* (1943) y su relato del asesinato de Carranza son sus mejores libros.

Jorge Ferretis incursionó en los terrenos de la sociología y la etnología en sus obras novelescas. Es autor de

Tierra Caliente (1935), *El Sur quema* (1937), *Cuando engorda el Quijote* (1937) y *San Automóvil* (1938). El más notable relato de Cipriano Campos Alatorre es *Los fusilados* (1934).

La mejor novela de Bernardino Mena Brito es *Paludismo* (1940).

El Dr. Atl (Gerardo Murillo) no sólo es notable pintor del valle de México sino autor de vigorosos cuentos llenos de sabor e imaginación popular.

Francisco Rojas González se distinguió dentro de la literatura de contenido social (*El diosero*, 1952).

Han escrito también novelas inspiradas por la Revolución: Hernán Robleto, a quien atrajo la figura de Villa; José Mancisidor, que en *La asonada* (1931) alcanzó un gran triunfo; José C. Valadés; José Guadalupe de Anda, novelista de los "cristeros", y Nellie Campobello, que registró el punto de vista femenino acerca de los hechos revolucionarios.

Literatura proletarista

Este género literario se originó al efectuarse el cambio de la temática de la vida militar a la temática de la vida campesina, obrera y de los bajos fondos de la ciudad, tanto para exaltar sus virtudes como para abominar de las clases privilegiadas que condicionan esas existencias. Entre los numerosos órganos periodísticos con que contó el movimiento merecen citarse *Crisol* (1929-1938), *Frente a Frente* (1936-1937) y *Ruta* (1938-1939).

José Mancisidor fue uno de sus más importantes animadores. Además fue autor de la valiosa *Historia de la Revolución Mexicana* (1958).

Miguel Ángel Menéndez alcanzó su mayor acierto con una hermosa novela indigenista *Nayar* (1941).

Xavier Icaza proclamó en esa época sus creencias políticas en poemas, ensayos y relatos, entre los que destaca *Panchito Chapopote* (1928). César Garizurieta puso en sus agradables novelas y cuentos el humor y la imaginación de los habitantes de su provincia. Juan de la Cabada, cuentista de rica imaginación y admirable sentido popular, es el autor de *Paseo de mentiras* (1940) e *Incidentes melódicos del mundo irracional* (1944). José Revueltas, novelista de trágico aliento, publicó *El luto humano* (1943) y *Dios en la tierra* (1944).

Indigenismo

Fue ésta una tendencia a recordar la existencia de una tradición literaria adicta a nuestro pasado prehispánico. Relaciones poéticas o históricas de personajes o acontecimientos de aquella época; colecciones de cuentos y leyendas, e investigaciones arqueológicas y antropológicas sobre las supervivencias indígenas constituyen su material.

Dedicados casi totalmente a estos temas se encuentran Antonio Médez Bolio con su obra *La tierra del faisán y del venado* (1922), y Andrés Henestrosa con sus libros: *Los hombres que dispersó la danza* (1929) y *Retrato de mi madre* (1940), que es una de las páginas más hermosas de nuestra literatura.

Ermilo Abreu Gómez vino a encontrar en los temas autóctonos sus mayores aciertos. Entre las tres estampas de sus *Héroes mayas* (1942), la de Canek es la más lograda. Francisco Monterde agregó a su importante obra crítica una evocación de *Moctezuma el de la silla de oro* (1945).

La obra de Héctor Pérez Martínez puede situarse lo mismo dentro de la literatura de contenido social como dentro del indigenismo y del popularismo, ya que en todos sus libros puso, junto a sus convicciones políticas y su talento literario, su amor a nuestro pueblo y sus orígenes. Es autor de *Juárez el impasible* (1934), *Imagen de nadie* (1932) y *Cuauhtémoc* (1944).

La investigación literaria más importante realizada a partir de 1940 fue emprendida por Ángel María Garibay K. al traducir, estudiar y valorar la cultura de nuestros antepasados indígenas del Valle de México.

Popularismo

Este movimiento ha sido también de amplia tradición en nuestras letras. Miguel N. Lira, el más importante entre estos autores, realizó obras dramáticas que aspiran a reanimar el teatro poético. Daniel Castañeda escribió "corridos" y estudió cuidadosamente sus formas y su historia. Francisco Castillo Nájera es autor de *El gavilán*. (1939), lozana muestra de las posibilidades épicas de nuestra poesía popular. La obra de Vicente T. Mendoza *El romance español y el corrido mexicano* (1939) tiene el atractivo de recoger y clasificar las composiciones de esta especie guardadas en la memoria de nuestro pueblo.

VIII. Escritores independientes

Muchos de nuestros autores realizaron sus obras fuera de las dos grandes corrientes del vanguardismo o de las tendencias nacionales y sociales que dominaron en las últimas décadas. Agustín Yáñez ha sido, de los autores independientes, el que ha realizado una obra más original e importante. Además de sus estudios históricos y filosóficos, Yáñez ha escrito un grupo de las más bellas y enjundiosas novelas de nuestra literatura moderna. De él son: *Genio y figuras de Guadalajara* (1941), *Flor de juegos antiguos* (1941), *Espejismo de Juchitán* (1940), *Archipiélago de mujeres* (1943), *Al filo del agua* (1947), *La creación* (1959), *Ojerosa y pintada* (1960), *La tierra pródiga* (1960) y *Las tierras flacas* (1963). Se han distinguido también en los géneros narrativos : Teodoro Torres, autor de *La patria perdida* (1935); Guillermo Jiménez, a quien se deben *La danza en México* (1932) y *Zapotlán* (1933); Alfredo Maillefert en *Los libros que leí* (1942); Antonio Acevedo Escobedo en *Sirena en el aula* (1935) y *Los días de Aguascalientes* (1952); José Gómez Robleda, que ha escrito *Don Justo* (1946); José María Benítez, autor de *Ciudad* (1942); Aurelio Robles Castillo, novelista, y Rosa de Castaño, relatora del ambiente rural.

Tres novelistas han cultivado el poco frecuentado género de la narración fantástica: Guillermo Zárraga ("Diego Cañedo"), Rafael Bernal y Francisco Tario, cuentista original en *La noche* (1943), *Aquí abajo* (1943) y *Equinoccio* (1946).

Gabriel Méndez Plancarte, fundador de la revista literaria *Abside* (1937), realizó estudios humanísticos en *Horacio en México* (1937), y Alfonso Méndez Plancarte fue autor de eruditos trabajos sobre nuestros poetas novohispánicos. José de J. Rojas Garcidueñas destacó en su obra *El teatro de Nueva España en el siglo XVI* (1935) como un conocedor de la época colonial. Los temas filológicos deben aportaciones a Pablo González Casanova y a J. Ignacio Dávila Garibi. Los estudios bibliográficos han sido cultivados por Juan B. Iguíniz y Felipe Teixidor. En el campo de la crítica destaca Andrés Iduarte, autor además de *José Martí, escritor* (1945) y *Cortés y Cuauhtémoc, hispanismo, indigenismo* (1948). Francisco González Guerrero publicó ponderados trabajos sobre la producción literaria contemporánea.

A Salvador Ortiz Vidales se debe un interesante ensayo sobre *La arriería en México* (1929). Baltasar Dromundo, en

Mi barrio de San Miguel (1951), *Mi calle de San Ildefonso* (1956) y en *La metrópoli mexicana* (1957) se manifestó como un cronista del ambiente de la ciudad de México.

El estudio de la realidad social, política y económica de México y las investigaciones históricas tienen especialistas sobresalientes. Daniel Cosío Villegas publicó *Extremos de América* (1949) y está dedicado a una ambiciosa empresa cultural: la magna *Historia moderna de México*. Jesús Silva Herzog es un infatigable investigador de temas económicos y sociales. José E. Iturriaga, espíritu austero y combativo, es autor de una monografía fundamental para la comprensión de nuestra realidad: *La estructura social y cultural de México* (1951). Arturo Arnáiz y Freg es autor de varios ensayos sobre diversas personalidades del siglo XIX.

Cultivan los temas filosóficos Antonio Gómez Robledo, Edmundo O'Gorman y Adolfo Menéndez Samará.

En el campo de la crítica de arte, Salvador Toscano conquistó un puesto destacado por su monumental *Arte precolombino de México y de la América Central* (1944). Justino Fernández ha realizado valiosos trabajos sobre arte mexicano, y Francisco de la Maza es un estudioso de nuestro arte colonial.

IX. Las generaciones de "Taller y Tierra Nueva"

Estas promociones literarias se dieron a conocer en torno a las revistas de esos nombres. En *Taller* se reunió un grupo destacado de poetas y novelistas.

Octavio Paz fue desde su generación de *Taller* el poeta sobresaliente y hoy es uno de los más importantes de lengua española. Es autor de *Raíz del hombre* (1937), *A la orilla del mundo* (1942), *Libertad bajo palabra* (1949), *Semillas para un himno* (1945), *¿Águila o sol?* (1951), *La estación violeta* (1958), *El laberinto de la soledad* (1950 y 1959) y *El arco y la lira* (1956).

Junto a Paz surgieron en este grupo otros poetas importantes: Efraín Huerta, Alberto Quintero Álvarez y Neftalí Beltrán.

En Efraín Huerta, la patentización desolada del fango y del terror, al lado de elementos poéticos puros, es una de las tónicas originales y distintivas. (*Los hombres del alba*, 1944; *Estrella en alto*, 1956).

Alberto Quintero Álvarez nos legó poemas de la más conmovedora sensibilidad.

La poesía de Neftalí Beltrán es de las más valiosas y personales de su tiempo (*Soledad enemiga*, 1944).

Pertenecieron también a esta generación los poetas Rafael Vega Albela, Octavio Novaro, Enrique Gabriel Guerrero, Carmen Toscano, Mauricio Gómez Mayorga, Manuel Lerín y Vicente Magdaleno. Dentro del grupo de escritores de tendencias sociales, los narradores distinguidos fueron Efrén Hernández y Rafael Solana. El ensayo y la crítica fueron cultivados por casi todos los escritores de *Taller*.

Por los mismos años, Antonio Magaña Esquivel explotó el tema de los bajos fondos de la ciudad de México. Alberto J. Aráiz reflexionó sobre arquitectura y filosofía, Juan R. Campuzano se adentró en el campo de la novela y el cuento y Miguel Bustos Cerecedo se interesó por las nuevas direcciones de la lírica.

Alí Chumacero y Jorge González Durán, poetas; y un ensayista filosófico, Leopoldo Zea, fueron las contribuciones más valiosas de la generación de *Tierra Nueva*. *Palabras en reposo* (1956) es el libro más importante de Alí Chumacero. En *Ante el polvo y la muerte* (1945) Jorge González Durán se muestra como el fino seguidor de la línea sevillana de Bécquer. Leopoldo Zea ganó su prestigio intelectual con un importante estudio sobre *El positivismo en México* (1943 y 1944).

X. La promoción literaria 1945-1955

En estos años ocurre la formación literaria de una promoción en torno a varias revistas: *Rueca* (1941-1952), que da impulso a las letras femeninas. Carmen Toscano y María del Carmen Millán fueron sus animadoras principales. *América* (1948) congregará una distinguida generación de poetisas y narradores. *Tiras de Colores* (1943-1947) y *Espiga* (1944-1945) servirán de expresión a Wilberto Cantón, Fedro Guillén y Bernardo Jiménez Montellano. En esta época aparecieron además *Vórtice* (1945-1947), *Firmamento* (1945-1946), *Suma Bibliográfica* (1946-1950), *Fuensanta* (1948-1954) y *Prometeus* (1949-1951).

El impulso que recibieron las letras femeninas con la revista *Rueca* floreció en valiosa promoción de poetisas como Margarita Michelena, Rosario Castellanos y Guadalupe Amor.

En esta década el cuento alcanza un considerable desarrollo. Juan José Arreola publicó *Varia invención* (1949) y

Confabulario (1952), Juan Rulfo es el autor de *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955).

El tema del barrio de la ciudad de México fue explorado por José Attolini en *Vagido* (1941), por Rubén Salazar Mallén en *Páramo* (1933), por Antonio Magaña Esquivel en *El ventrílocuo* (1944), por Magdalena Mondragón en *Yo como pobre* (1945), y por Pablo González Casanova en *Nuevo cuento de cuentos, con teatrito* (1944).

Luis Spota obtuvo gran éxito con el filón de los dramas oscuros de la ciudad de México.

Los autores Luis G. Basurto, Wilberto Cantón y Edmundo Báez destacaron como dramaturgos.

Los jóvenes filósofos que se dieron a conocer como grupo "Hiperión", hacia 1952, son: Emilio Uranga, Luis Villoro, Joaquín McGregor, Jorge Portilla y Ricardo Guerra.

Fernando Benítez, cuentista, dramaturgo y ensayista, es el autor de *La ruta de Hernán Cortés* y *La vida en el siglo XVI*. En sus obras *El Rey Viejo* (1959) y *El agua envenenada* (1961), se revela como todo un maestro del género narrativo.

XI. Los escritores jóvenes

La promoción literaria de los jóvenes escritores aparecida después de 1955 es una de las más activas e interesantes. Carlos Fuentes, el más notable de los nuevos novelistas, es poseedor de una incisiva inteligencia y de una cultura poco común. Es autor de *La región más transparente* (1958) y de *Las buenas conciencias* (1959).

Sergio Galindo publicó una estampa de provincia, *Polvos de arroz* (1958), y *La justicia de enero* (1959), que es una novela de la ciudad de México.

Entre las novelas con escenas de provincia destacan: *El solitario Atlántico* (1958) de Jorge López Páez; *Balún-Canán*. (1957) de Rosario Castellanos; *Una luz en la otra orilla* (1959) de María Lombardo de Caso; *Las ganas de creer* (1958) de Armando Ayala Anguiano, y *La cruz del Sureste* (1954) de Alberto Bonifaz Nuño.

Emilio Carballido es acaso el más valioso de los nuevos autores teatrales.

XII. El rumbo de la joven literatura

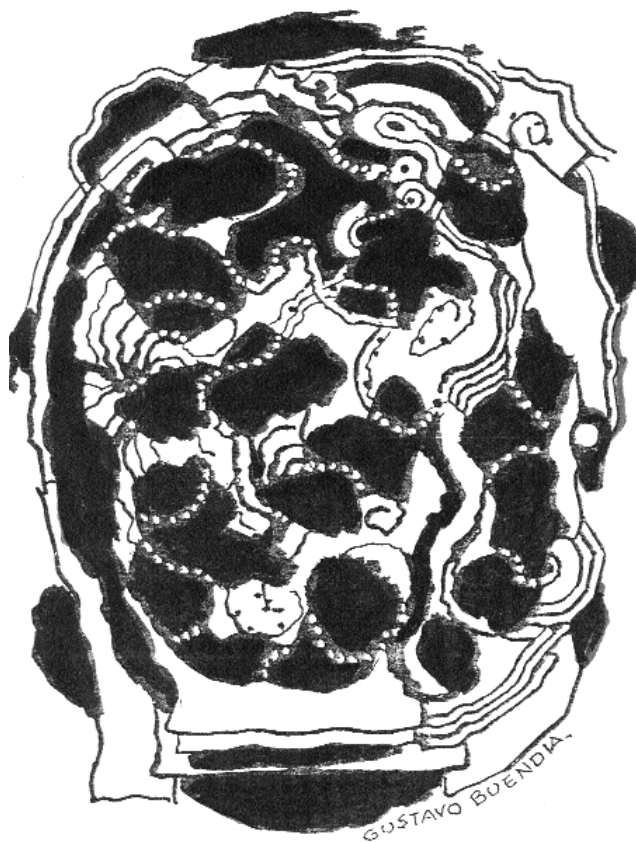
Considerada en conjunto, la literatura mexicana reciente da la impresión de encontrarse en uno de los periodos más

activos y fértiles en la historia de nuestras letras. A partir de 1950 va siendo algo normal la traducción de los libros mexicanos más importantes –novela, teatro, poesía, ensayo y reportazgo– a los idiomas más diversos.

En general, los nuevos escritores son ávidos conocedores de los rumbos de la nueva literatura, del nuevo arte y de las nuevas ideas, y son, además, hombres y mujeres preocupados por cuestiones sociales, políticas y filosóficas, que dejan una marca de coherencia intelectual y de rigor crítico en sus obras.

No es tiempo aún de ponderar la significación y trascendencia de la literatura joven mexicana, pero sí puede asegurarse que, manteniendo un ritmo paralelo al del intenso desarrollo económico y social que vive el país, la expresión literaria se encuentra en uno de sus momentos más renovadores y fecundos.

* Texto tomado de *México, 50 años de Revolución*. Fondo de Cultura Económica. México, D.F. 1963. 450-460 pp. ■



Gustavo Buendía